



Cornelissen, Christoph y Pombeni, Paolo (eds.), *Spazi politici, società e individuo: le tensioni del moderno*, Bologna, Società Editrice Il Mulino (Annali dell'Istituto storico italo-germanico di Trento, Quaderni, nr. 98), 2016 [pero 2017], 405 págs., ISBN: 978-88-15-2661-3.

No hacen mala pareja, 'vértigo' y 'modernidad'. En absoluto *a couple at odds*. Las dificultades, si las hay, lo son para quien se entromete queriendo terciar, someter a interpretación a la dichosa pareja. En un fascinante ejercicio de virtuosismo narrativo, *The vertigo years, 1900-1914*, Philipp Blom ofreció (en 2008) el diagnóstico de lo que puede pasar cuando uno de los términos del sintagma exacerba hasta el paroxismo su *self-fashioning*, por el procedimiento consabido de endosarse un sufijo en *-ism*. Son los años cenitales del modernismo. Prefijos en *post-* ya no son capaces de deshacer el embrollo. Y en estas estamos. Solo queda el remedio de volver a retomar las cosas en su principio, y eso es lo que ofrece, al menos, y no es poco, para 'modernidad', 'lo moderno', '*il moderno*', el proyecto historiográfico pilotado por Paolo Pombeni (Bolzano, 1948-) desde la inmediatez del mentado 2008, y del que el texto que se comenta, de 2017, constituye la entrega de cierre –no, quizás, conviene apuntarlo ya, la entrega de cumplimiento.

En ese trayecto, Pombeni, profesor ahora emérito en la Universidad de Bolonia, ha dirigido, además, precisamente entre 2010 y 2016, el que es sin duda uno de los *think tanks* idóneos para tal aventura, el *Istituto Storico italo-germanico* de Trento. Bolonia, Trento... O lo que es lo mismo, Il Mulino, los *Annali* tridentinos –revista periódica y *Quaderni* monográficos. Toda una geografía y un paisaje de colaboración germano-italiana, invención afortunada de mediados de los setenta del pasado siglo. No es gratuito, por lo que se verá, precisar esta fecha. Pombeni lanzó en los *Annali* de dicho Instituto (entrega de 2010-2011), el proyecto de una investigación de las transformaciones críticas, 'transiciones' con más precisión, que habrían ritmado el desenvolvimiento de la 'modernidad'. Luego, en compañía *tedesca*, rendiría resultados de la encuesta en 2013 (con H. G. Haupt, precisando las cotas cronológicas de la modernidad, 1494-1973; tampoco gratuita la inscripción de esas fechas); en 2014 (con C. Dipper, indicando en el título lo crucial del asunto, *Le ragioni del moderno*); y ahora, en 2017 (con Ch. Cornelissen, indicando en el subtítulo, '*le tensioni del moderno*', la vuelta de tuerca última de aquellas *ragioni* y, en el título, el triángulo de fuerzas que componen esas tensiones, a saber: espacio político, sociedad, individuo). Creo que es en la entrega de 2014, con contribuciones bien sustantivas de ambos editores, Dipper y Pombeni, donde se alcanza el centro gravitacional del asunto, viniendo las contribuciones del volumen de 2017 a apuntalar, redondear, más que completar, la construcción alcanzada en 2014. Conviene también saber que, entre el momento en que este texto colectivo de 2017 sale de las prensas, marzo de 2017, y el momento en que se extiende este comentario, finales de 2018, Pombeni ha puesto sobre el tapete dos textos más, uno como editor (una encuesta sobre el vértigo de destrucción 'imperial' de 1914: *La Grande guerra e la dissoluzione di un impero multinazionale*, Trento, FBK Press, 2017); y otro, intervención rápida con un

pamphlet conmemorativo del '68 (Il Mulino, 2018) –además de, también ahora mismo, haber recibido un merecido homenaje académico ofrecido por algunos de sus discípulos (*Fare storia politica. Studi dedicati a P. Pombeni*, Roma, Viella, 2018). El texto sobre el '68, *Che cosa resta del '68*, resulta especialmente pertinente para este comentario, porque en su planteamiento y explícitamente en su capítulo de cierre, ofrece quizás el mejor resumen o recapitulación del trayecto iniciado hace ahora casi una década. No se improvisa, si añadimos además que en el punto de partida estuvo una recapitulación de la trayectoria propia, recopilando sus trabajos dispersos (*La ragione e la passione. Le forme della politica nell'Europa contemporanea*, Il Mulino, 2010) siempre, como con el texto del '68, ofreciendo una pertinente bifocalidad europea/italiana para lo tratado. Y de lo que se trata es, siempre, del alcance, lógico, cronológico y 'crítico', de la 'modernidad', de las limitaciones de asediar ese alcance desde presupuestos exclusivamente 'cartesianos', y asediar el *dopo modernità* desde coordenadas tentadoramente 'postmodernas'. Del '68, su condición de 'inizio', de lo que 'resta' de ese inicio, en las condiciones del predicamento presente, se trata; las mismas coordenadas valen para el volumen que nos ocupa; las mismas limitaciones.

La acomodación de los materiales de los autores en el texto del 2017 merece atención. En la *dispositio* del texto, los editores se reservan, con tan lograda como precisa complementariedad, 'Considerazione introduttive' (Pombeni, pp. 7 y ss.) y 'Riflessione conclusiva' (Cornelissen, pp. 381 y ss.): en ese encuadre, se da cumplida cuenta de la trayectoria del proyecto todo, y de sus coordenadas, el primero; y se recapitula sobre el contenido de los trabajos así recogidos, haciendo que engrane cada uno en una inteligente exposición del desenvolvimiento del 'espacio' político y sus 'tensiones' durante los siglos XVI y XX, el segundo. El *leit motiv* de la recapitulación conclusiva, como quizás no podía ser de otra manera, lo constituye el concepto de *Sattelzeit* introducido –en los años setenta– por R. Koselleck en la discusión historiográfica, decantándose ahora como apuesta la posibilidad de una multiplicación de *Sattelzeiten* para el arco cronológico propuesto. No hay, ya se ha dicho, entre introducción y conclusión, trabajos de los editores –como sí los había en 2014. Y hay una marca inquietante, en esta *dispositio*, al introducir, como preámbulo a las páginas conclusivas, un puñado de páginas que también se quieren conclusivas y se colocan bajo el aparentemente anodino título 'Politica e religione': son de Antonio Trampus, y merecen comentario aparte, que ahora difiero haciendo notar su posición un tanto descolocada. Entre apertura y cierre, se acomodan trece trabajos de catorce autores, agrupándolos en dos bloques –también con alguna marca de desajuste que merece comentario. Conviene apuntar ya, que en un ejercicio de sin duda consciente y perfecta simetría, los dos bloques se cierran con sendas consideraciones de 'Historia intelectual' entendida como 'historia de los intelectuales', la figura que al menos en el tramo bisecular final de la 'modernidad' (1770-1970) protagoniza no sin 'tensión', el desenvolvimiento del 'espacio político'. La ambivalencia de la expresión 'historia intelectual', a medio camino, o encabalgando, subdisciplina historiográfica y 'sujeto' político, ya dice bastante.

Un primer bloque agrupa trabajos de porte general por su alcance cronológico o temático, los editores entienden que también es acceso introductorio. Un segundo bloque atiende la acomodación del resto de trabajos en, a su vez, dos compartimentos, uno bajo la rúbrica 'Lo spazio político nell'età moderna', otro bajo la rúbrica 'Lo spazio político nell'età degli estremi'. Se entiende que toda la encuesta, del XV al XX, lo es sobre desenvolvimiento de la 'modernità', y el siglo XX –mi señali-

zación en cursivas no es gratuita— no entra *ahí*, o no lo hace del todo, o no lo hace apenas, o lo hace según y cómo, prefiriéndose colocarlo bajo fórmula felizmente acuñada por Hobsbawm para un novecientos corto.

La asimetría está indicando que el siglo XX, corto o no, extremoso o no —personalmente prefiero, con Mazower, ‘oscuro’— no es en su completud ‘moderno’. Desde el principio se ha marcado su final, si ‘moderno’, en 1973, con la crisis del petróleo. Las mejores contribuciones de ese bloque y quizás de las mejores del libro todo, marcan precisamente esa inflexión: una, la de Maurizio Cau, sobre el discurso —no la ‘doctrina’— del Estado y su crisis, subrayando (p. 307) la presencia en 1971, inflexiva, un punto de no retorno, de E. Forsthoﬀ y su *El Estado de la Sociedad Industrial* —después, si no el diluvio, sólo los trabajos ‘*en conteso globale*’, de Sabino Cassese, de 2002-2003, 2006 (pp. 310 y ss.). Y la otra, la de Giovanni Bernardini, sobre el *social engineering* como clave de lectura de esa centuria, marcando también con precisión el *turning point* del paso de los sesenta a los setenta (pp. 316 y 328), remitiendo al ’68 y al tratamiento de eso en N. Ferguson, y su elocuente título: *The Shock of the Global: the 1970s in perspective*, de 2010. Si añadimos al par el tratamiento del generalato del padre Arrupe (1965-1983) en el trabajo de Claudio Ferlan (pp. 215 y ss.), el clavo se remacha lo suficiente. Tres trabajos sobre instancias *disciplinares* cada una a su modo —la estatal, la de la ingeniería social, la del catolicismo postconciliar jesuítico— que marcan quizás la entrada (Cornelissen) en un nuevo *Sattelzeit*. Como marcan el *Sattelzeit* koselleckiano los trabajos de correlación del derecho, la teología y la medicina, de Marco Bellabarba para lo primero (pp. 239 y ss.) y de Fernanda Alfieri para la correlación del par último (pp. 189 y ss.). Alfieri ofrece en su estudio sobre ‘La somatizacione del io’ la interrelación, tensión ejemplar, entre ‘Indice’ y ‘Fisiología / frenología’, tiempos del primer ochocientos —un trabajo fascinante. Y para el mismo momento, Bellabarba —la geografía de procedencia sigue siendo italiana, pero ahora es ‘florentina’, la de los *Quaderni* de Paolo Grossi lo que subtiende al texto— ofrece tratamiento de la dinámica de codificación en Austria e Italia que procede mediante encabalgamientos y solapamientos al compás de la recepción de la matriz francesa —algo para lo que los lectores españoles están avisados si es que frecuentan páginas de Bartolomé Clavero. Otro *Sattelzeit* posible, entre el constitutivo de modernidad, a la Koselleck, y el liquidativo, lo ilustra, también sobresalientemente, Thomas Kroll (pp. 81 y ss.), para la disciplina precisamente por vocación destinada a la comprensión de, e intervención en, la Modernidad, a saber, la ‘sociología’, con un tratamiento impecable de la lectura por Max Weber del explosivo triángulo ‘leader’, ‘massa’ y ‘democrazia’. Matrices disciplinares, se ha dicho. Derecho, Medicina, Teología, ‘ingeniería social’ y sociología; manipuladores desde el sistema y contra el sistema de ese entramado disciplinar, los ‘intelectuales’, creadores de su propio campo (in)disciplinar... Todo marcando un despliegue de ‘momentos de encabalgamiento’ que permiten dar por concluido el experimento ‘moderno’ en el paso de los sesenta a los setenta —y sin saber demasiado la condición, epocal o no, ‘transicional’ se apunta (Pombeni), de lo que viene luego. Se sabe fechar el final, se sabe atender ese juego disciplinar. ¿Qué falta?

Falta saber fechar el inicio —o siquiera plantear que, si de modernidad se trata, eso es posible. Falta incorporar en el tratamiento la disciplina —así, ‘*fach*’— de la historiografía. Puede apuntarse ‘1494’ (Pombeni), las guerras de Italia, o el ‘Humanismo’, la ‘Reforma’ o los ‘descubrimientos geográficos’, con duda respecto al carácter inaugural de una ‘Ilustración’ de arranque tardoseicentista (Cornelissen). El capítulo extra-

ñamente terminal, recapitulatorio, de Antonio Trampus, con su inocente par ‘Política y religión’ dando cobertura a ‘Global History’, ‘World History’, ‘Postcolonial Studies’ –todavía no, el cielo nos asista, ‘Big History’–, dando cuenta de la condición de la historiografía de finales del siglo XX y lo que va del XXI, intenta cubrir la tierra de nadie historiográfica entre los mentados discursos disciplinares. Hay su ironía en esto. Si, guiados por las marcas paratextuales del volumen que comentamos, retrocedemos a 1975, y abrimos las páginas de los *Annali*, inaugurales, de ese año, ya Il Mulino, siempre Bolonia, en Trento, además del discurso inaugural de Bruno Kessler –el *Istituto* tridentino se acoge hoy a la Fundación que lleva su nombre– de 1973, y junto a los nombres de Pierangelo Schiera y Hubert Jedin, de Paolo Prodi y Raffaella Gherardi, en la sezione III, ‘Problemi storiografici’, encontramos, en un impecable italiano, ‘La “Storia come materia e le scienze storiche”, la disciplina perdida, prolucción rectoral en 1959 de Otto Brunner. Más adelante, pasado poco tiempo, en las mismas páginas encontrará cobijo Otto Hintze. Es 1973, es 1975. Cuando no hace mucho (2014) el sociólogo británico Martin Albrow –a quien se debe el más logrado intento de *nombrar* la época que ya no es moderna, en 1996, recuperando por la mejor sociología la capacidad de *periodificar*– invitaba a ‘teorizar lo global’ (*Global Age Essays on Social and Cultural Change*, Frankfurt a. M., V. Klostermann), y lo hacía desde el *reassessment* de la tradición disciplinar propia (*Max Weber construction of Social Theory*, London, Macmillan, 1990, buen marcador epocal, imprescindible texto), ¿puede *historizarse* la ‘modernidad’ sin pareja operación, desconociendo la construcción disciplinar de la historiografía –la ‘asignatura’ historia– en su interacción con las otras matrices discursivas que tan certeramente convoca el libro que comentamos? Cuando desde otra geografía italiana –ahora Turín, Roma, quizás Venecia: senderos de ‘Pot. Op.’...– Paolo Virno moviliza la filosofía que se ocupa de la ‘multitud’ para teorizar la condición postfordista (libros de 2010 y 2013, *E così via al infinito*, y *Saggio sulla negazione*, respectivamente), ¿cabe dejar desatendido el *filo rosso* que para la construcción de la modernidad –de *modus*, ‘ahora’ y ya no sólo ‘nuevo’– supone la *transición* de la imaginación historiográfica desde la condición de *magistra vitae* a la de ‘disciplina’? En el momento en que sobre el *tavolino* puede disponerse del testamento historiográfico de Christopher Bayly (fallecido en 2015; ahora la geografía es otra, en paso en 1970 de Oxford a Cambridge), su *Remaking the Modern World, 1900-2015* (London, Blackwell, 2018), esperada culminación del texto de 2004, *The Birth of the Modern World, 1780-1914*, misma sede editorial, ¿cabe distraer la mirada ante ese ‘birth’ y ese ‘remaking’ que fechan tan contundentemente arranque y ulterior avatar de un ‘world’ del que se predica la condición de ‘modern’?

No siempre se tiene a mano algún testimonio del vértigo que supone fechar simultáneamente un inicio y un final, sabiendo bien qué es lo que demonios acaba y apostando fuerte por lo que empieza. Por ejemplo, Stendhal en sus *Souvenirs d’Egotisme* de 1832: ‘*Le génie poétique est mort, mais le génie du soupçon est venu au monde*’. Modernidad y vértigo, quizás la misma cosa. ¿Como quizás lo que pudieron experimentar los franceses que en 1493-1494 desbordaron sobre Italia? Se tiene la respuesta de un clásico, francés y de 1929, jalón historiográfico donde los haya, y más para modernistas: Henri Hauser y Augustin Renaudet se arrancan así en su *Les debuts de l’Âge Moderne*, de ese año: ‘La historia europea del siglo XVI en su comienzo, es sobre todo la de las guerras de Italia; las guerras por Italia, debería decirse. De entrada, una lucha dinástica entre el rey de Francia y un descendiente de la casa de

Aragón, por la posesión del reino de las Dos Sicilias. Pronto Europa toda se interesa en la querrela, conflicto que atrae a todos los Estados. Todas fuerzas europeas, comprendiendo en ellas las que se obtienen de nuevos mundos, pesan en la balanza...'. Otros años de vértigo, pero quizás de otro modo, porque con la invención de Italia, el mundo nuevo que se descubre es... el antiguo, y ya irreversiblemente para todos, no solo para los italianos. Puede que exista una modernización europea de sí misma, la que los agitadores culturales del humanismo llamaron 'Edad Media', anterior a la que supone el jalón 1494, europeización del 'otro'. Hubo un 'rest' endógeno al 'west' del que se hicieron cargo, para gobernarlo, disciplinarlo, expertos en un 'social engineering' llamado 'logica modernorum'. Es la matriz escolástica. Todo antes de 1160.

Cuando otro francés, descubridor del continente perdido del *esprit des lois* –en el trance se inventaría de propina lo de 'despotismo oriental'– cerró su mastodóntica encuesta, la expresión de cierre era, ciertamente, vertiginosa, y muy moderna, evocadora de esa geografía donde habitan Bolonia y Trento, Turín y Roma, Florencia y Nápoles: 'Italia, Italia...', terminaba la encuesta donde otros querían empezarla. Fredric Jameson, a quien se debe la mejor aproximación –no definición– posible al asunto 'modernidad' ('Modernity is not a concept, but rather a narrative category'; se cita, pero no se pone a trabajar, en nuestro texto: p. 165) cerró su encuesta sobre la cultura ya no moderna de la omnivoracidad visual, *Signatures of the visible*, de 1992, con un centenar de páginas tituladas 'The existence of Italy'. Quedan cosas por descubrir si se sigue atendiendo, como es el caso del texto que se comenta, el rastro de la existencia de Italia. De vértigo.

Julio A. Pardos
Universidad Autónoma de Madrid
julio.pardos@uam.es